

SOBRE LA MUESTRA DE MARISA RUBIO EN MITE

Por Geraldine Lanteri

De la muestra, a priori, sólo conocía un detalle. Un detalle sobre el cual decidí no especular absolutamente nada.

Y entonces entré. A lo primero que me enfrenté fue a un techo bajísimo: la falta de aire doblemente potenciada por el espacio aplastante y por el barbijo. Y en ese momento, mi cuerpo empezó a ganar terreno sobre cualquier pretendida fabricación de conceptos. Mi mente - o al menos ese aspecto- ya estaba perdiendo la batalla.

Mientras mi claustrofobia natural iba imponiéndose, mis ojos alumbraban con una linternita escenas que no pude directamente asociar a la historia del arte- si es que esa era la intención- sino a mis propias pesadillas. Pesadillas y claustrofobia se unieron, potenciadas, en el segundo reducto, en el que bailarinas de un azul metalizado luchaban por sostener sus propios cuerpos, tal como yo lo hacía con el mío.

Mi cuerpo ya tenía el monopolio. Con mi mano derecha corrí un cortinado teatral, pesado y de un rojo oscuro, y entonces una luz cegadora me terminó de cachetear la psique. Me encontré con el detalle que ya conocía - las gemelas- pero sus guantes de Mickey y sus fajas apretándole las tetas se convirtieron en los detalles que, agigantados con una lupa, guiaron todo lo que vino después.

Empecé a sentir una angustia como si hubiese vuelto a un lugar de mi mente que tenía totalmente reprimido. Me ofrecieron unos tragos con los nombres escritos en unos papelitos, pero al revés: "Tuxedo", "Dance of seas". Leído al revés me pareció una experiencia delirante, y entonces elegí tomar ese. Nunca un trago me corrió por las venas con tanta rapidez. Las gemelas hablaban de pinturas que no sé si existen objetivamente o sólo en sus cabezas.

"Capristo. A vos te va a gustar Capristo", me decía una de ellas. No sé quién es Capristo pero ese apellido era un ancla esperanzadora en un terreno que, aún hoy, desconozco. CAPRISTO. Aún recuerdo su nombre...

Ellas seguían hablando de arte. Yo no sabía si tenía que seguirles la corriente o sólo dejar fluir lo que me estaba recorriendo el cuerpo como una posesión. Las percibí como a una obra, a ellas dos. Una obra de la naturaleza. No podía dejar de alucinar con la complicidad genética que había entre ellas. (Algo que sólo entenderán quienes tengan hermanxs gemelxs). Eran como dos personas desdobladas pero formando parte de una misma entidad.

Me sentí superada, tenía ganas de llorar. Sin más, dije: "Yo me voy" y entonces me di vuelta, abrí el cortinado, y rogué que la linterna no se quedara sin pilas para lograr salir de la caverna. Gastón Pérsico, muy amablemente, me ofreció ayuda para salir.

Me fui llorando de la muestra. Nicolás Barraza me abrazó como si hubiese vuelto de una regresión de vidas pasadas. Para mí, fue una experiencia psíquica, no una muestra. Una regresión a algún sector inconsciente y reprimido que la “danza de los mares” logró reflotar.

La danza de los mares mentales.

Tan subjetivo que duele.